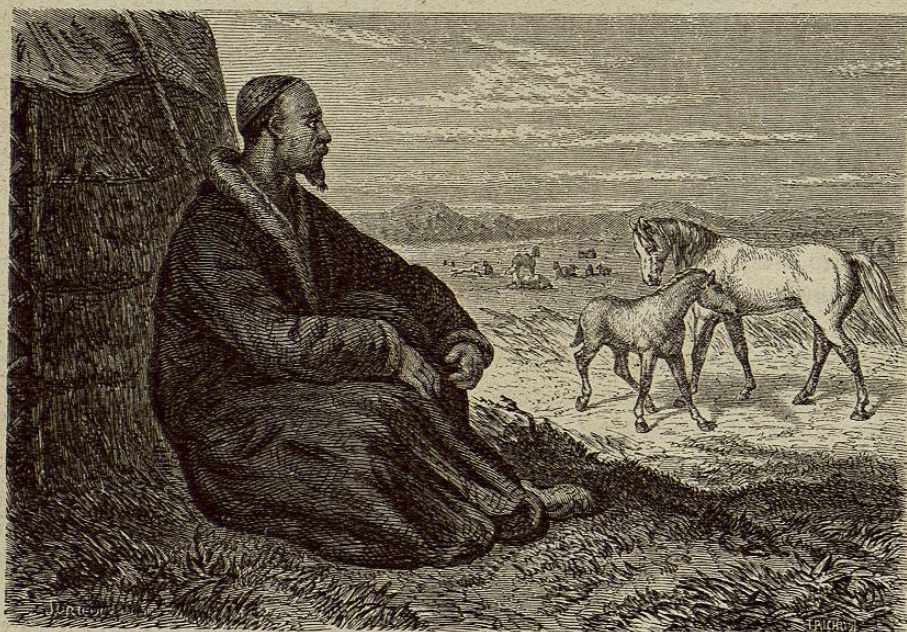


Aquel hombre era el sultan Baspasihan, quien con las mayores muestras de atencion, me dió la bienvenida á su vivienda. Hombre de alta estatura y rostro bermejo, vestia un *kalat* de terciopelo negro bordado de zibelina y ceñido con un chal carmesí, un sombrero rojo de forma cónica y guarnecido de piel de zorro: la pluma de buho que llevaba era un símbolo de la alta genealogía del sultan, descendiente de Gengis-Kan. En el suelo mandó estender un tapiz de Bokhara, en que me hizo sentar, sentándose él despues en frente de mí. Yo lo invité á sentarse á mi lado, lo que aceptó con satisfaccion manifiesta. Al cabo de algunos minutos, entraron dos jóvenes tra-

yendo frutas y té: éstos vestian *kalat* de seda á rayas, ceñidos con chales verdes, y sombreros de piel de zorro. La sultana estaba ausente en el *aul* de un jefe vecino, distante dos jornadas de éste.

La *yurta* era muy vasta: en un lado, unas cortinas de seda aislaban un estremo que servia de dormitorio, pero sin lecho ninguno. Cerca de allí estaba encadenada una águila negra en compañía de un halcon.

Observé que todos los que entraban en la *yurta* se detenian á respetuosa distancia del emplumado monarca. En el otro lado habia dos caballos y dos corceos encerrados en una especie de parque estrecho; detrás de mí una pila de cajas y tapices de Bokhara,



Un pastor de pueblos y ganados.

y mas allá un gran saco de *kumis*, cuidadosamente protegidos por un *vualok*. Entre mí y la puerta estaban sentados ocho ó diez kirghis observándome con atencion profunda. A la parte de afuera se veia un grupo de mujeres, cuyos pequeños ojos negros se fijaban ardientemente en el extranjero. La conversacion estaba empeñada entre el sultan, un cosaco y Tchucka-bua, y en las miradas del sultan me apercibí de que yo era el objeto de ella. Mi sayo de caza, mis botas altas y mi sombrero de fieltro escitaban cierto interés, pero sobre todo mi cinturon y mis pistolas. El sultan deseaba examinarlas, y despues de haberles quitado las cápsulas, le entregué una pistola, que él volvió y revolvió y reconoció por todas partes. Pero esto no le satisfizo y quiso ver descargarla, ofreciendo por blanco un cabrito en la creencia tal vez de que un arma tan corta no produciria gran efecto. No quise matar el choto, pero arrancando una hoja de mi album, le

hice una señal en el centro y la entregué á un cosaco, quien comprendiendo mi intencion, lo prendió en la hendedura de un palo y lo clavó en el suelo á cierta distancia. El sultan se levantó y todos abandonaron la tienda. Sabiendo yo que aquella horda de salvajes no tenia ley ni freno, habia resuelto hacerles ver que aquellos instrumentos tan pequeños eran mas peligrosos que sus armas. Y así me dirigí hácia el blanco y á quince pasos de él monté mi pistola y disparé teniendo el acierto de agujerear el papel. El sultan, como toda su gente creyó sin duda que habia trampa y dijo algunas palabras á su hijo, el cual fué y volvió con un pedazo de madera: puesta en el estremo del mismo palo por la propia mano del sultan, fue igualmente atravesada por una bala. Todos examinaron con gran curiosidad la tabla y un kirghis, se la puso en la cabeza como para comparar tamaños, lo cual no dejaba de ser significativo.



Preparativos de los funerales entre los kirghis.

La gente en cuyo seno estábamos inspiraba un terror profundo á todas las tribus circunvecinas: en una palabra, eran los utlaws en rebelion armada contra la autoridad de la China y viviendo del pillaje.

Mirando á mi alrededor, ví que algunos hombres vigilaban todos mis movimientos y que se disponia por otra parte una comida opípara con un gran carnero que mataron en mi obsequio.

Dos cocineros de membrudos brazos espumaban la hirviente olla, y por aquí y por allá grupos de hombres, mujeres y niños estaban sentados esperando el rancho. Como un banquete *kirghis* es cosa extraordinaria para un europeo, voy á describir, si es posible, el que dió en honor mio el sultan Baspasihan.

Los convidados eran mucho mas numerosos de lo que permitia la *yurta*. Estendieron en el suelo un tapiz de Bokhara donde el sultan me hizo sentar, tomando él tambien asiento á mi lado. En frente del sultan quedó un sitio desocupado, sin duda el de la ausente sultana. Los convidados se sentaron formando círculo, en este orden: los de mas edad ó respetos cerca del jefe; los otros mas retirados y todos en número de mas de cincuenta entre hombres, mujeres y niños. Los jóvenes detrás de los mayores; las mujeres en el último lugar: no cuento los perros que á cierta distancia se interesaban en la fiesta tanto como los bimanos.

Luego que todos nos acomodamos, entraron dos hombres en el círculo llevando una vasija de hierro á modo de cafetera: uno se acercó á mí y otro al sultan derramando agua caliente sobre nuestras manos. No nos sirvieron paño ninguno, suponiendo sin duda que cada cual tendria con qué limpiarse; y la misma ceremonia se repitió con todos desde el sultan hasta el pastor de sus rebaños; pero las mujeres se sirvieron ellas mismas. Concluidas ya las abluciones, llevaron los cocineros otras dos vasijas que exhalaban denso humo: eran dos gamellas ó dornajos de madera como las que usan los matarifes de Londres, y en las cuales iban empilados unos sobre otros grandes pedazos de carne. Una de las gamellas, colocada entre el sultan y el que habla, tenia tambien arroz cocido.

Cada cual sacó su cuchillo de su vaina, y por tanto no tenian necesidad de cubierto. El sultan tomó un gran trozo de carne, me la puso en la mano y empezó á comer. Esta era la señal que se esperaba y al instante todas las manos cayeron en los dornajos. Los *kirghis* colocados en primer orden, escogian la tajada que mas les agradaba y despues de haber comido una parte de ella, la pasaban al convidado que tenian detrás; éstos le daban uno ó dos bocados y la pasaban á su vez á otros; luego entraban en turno los mozalvetes, y despues de haber pasado por todas estas manos y por todas estas bocas, llegaban los huesos á las mujeres. Finalmente, cuando estas pobres criaturas los

roian, entraban en turno los perros. Durante la comida observé que tres niños desnudos se arrastraban por detrás del sultan. Sus ojillos seguian todos sus movimientos con ansiedad y cuando estuvieron á conveniente distancia, sustrajeron de la gamella un buen pedazo de carne, retirándose del mismo furtivo modo detrás de un vualock donde devoraron su presa. Dos ó tres veces volvieron á la carga, divirtiéndome con sus habilidades. Mas allá de las mujeres y rodeado de una trailla de perros, un niño de cuatro años tenia en la mano el hueso de una pierna del carnero que defendia muy hábilmente de las agresiones de los hambrientos perros.

En pocos instantes desapareció el carnero: grandes vasijas llenas del líquido en que hirviera comenzaron á circular de mano en mano y los *kirghis* se lo tragaban con mucho placer. Acabada la comida, se repitieron las abluciones, yéndose luego cada cual á sus quehaceres.

Entonces manifestó el sultan su deseo de ver funcionar nuestras carabinas y dió orden de traerlas á tres hombres. Yo le suministré municiones y los invité á tirar á un blanco puesto de antemano á 60 pasos. Cada uno de ellos tiró dos veces, sin acertar ninguno; se aproximaron 10 pasos, y uno de ellos acertó por fin con gran alegría suya. Un cosaco y Tchucka-bua tiraron á su vez y atravesaron con sus dos balas el centro del blanco. Entonces lo hice yo colocar á unos 150 metros, distancia que admiró al sultan y á sus *kirghis*. Cuando al primer tiro vieron atravesado el blanco, no muy lejos del centro, se quedaron estupefactos y concibieron una alta idea de la superioridad de nuestras armas, que era justamente lo que yo deseaba.

Sabiendo el sultan que yo queria partir el dia siguiente, se brindó á escoltarme hasta un aul distante del suyo cerca de una jornada. De camino haríamos una cacería con *bearcoote* y podríamos juzgar de su modo de hacerla, toda vez que abundaba la caza en aquella comarca. Tambien era curioso ver la caza del jabalí y ser testigos de la impresion que causara en los *kirghis* el efecto de nuestras carabinas. Por la noche me preguntó el sultan si querria yo permitir que dos de sus *kirghis* me acompañasen al aul de su amigo Jabeck, á quien yo deseaba visitar. Querria aquel regalar á éste un garañon de bellas cualidades y aprovechar la ocasion para enviárselo en seguridad bajo nuestra guarda. La precision y alcance de nuestras carabinas le habian hecho concebir una alta idea del poder que teníamos para rechazar cualquier ataque. Finalmente, estendieron en la *yurta* unas pieles para que me sirvieran de lecho y me dormí profundamente olvidando á la vez la fatiga y los bandidos.

Al alba ya estábamos de pie haciendo nuestros preparativos de marcha. Despues de almorzar trage-

ron caballos para el sultan y para mí: el que me destinaron era un magnífico animal de pelo gris oscuro, que tascaba mi freno inglés, no pareciéndole de gusto muy delicado. Mis hombres montaban sendos caballos tambien del sultan, como quiera que los nuestros iban ya delante conducidos por *kirghis* y mis tres calmucos.

Ya á caballo, tuve lugar de examinar nuestra escolta. El sultan y sus hijos cabalgaban en briosos potros, llevando el hijo mayor el halcon que debia servir para la volatería. Un *kirghis* montado llevaba el águila negra encadenada á su silla: el *bearcoote* iba muy tranquilo en esta esclavitud. Además, dos hombres tenian orden de vigilarlo de cerca. Junto al sultan iban sus tres cazadores ó guardias, armados de carabinas y á nuestro alrededor una escolta de unos veinte *kirghis* envueltos en sus *kalats* de colores vivos y armados casi todos con hachas de combate. El conjunto formaba un grupo de raro aspecto que muchos preferirian sin duda ver de lejos mas bien que demasiado cerca.

Primeramente nos dirigimos casi en derechura al Este; los tres cazadores del sultan formaban la vanguardia; detrás íbamos el sultan y yo; sus dos hijos y los guardias seguian inmediatamente y dos de los míos cerraban la cabalgata. Una marcha de tres horas nos condujo á las orillas de un remanso erizado de cañas y matorrales, donde el sultan esperaba levantar caza.

En efecto, no pocos ciervos de gran corpulencia saltaron inmediatamente del cañaveral, huyendo hácia la llanura á una distancia de 300 metros de nosotros. El *bearcoote* fue puesto al punto en libertad y se remontó en el espacio volando circularmente sobre nosotros: yo creia que no habia visto su presa, pero me engañaba. Se habia remontado á grandísima altura, y durante un minuto parecia inmóvil en los aires; luego batió dos ó tres veces las alas; despues se precipitó sobre su presa. No pude distinguir el movimiento de sus alas, pero la verdad es, que descendió con una velocidad increíble. Un grito simultáneo de alegría salió de todos nosotros: los guardas del águila partieron al escape, seguidos de muchos otros. Yo tambien agité mi látigo y en pocos momentos marchaba con la vanguardia. A 200 metros estaríamos cuando el águila alcanzó su presa. El ciervo dió un salto hácia adelante y cayó. El águila le habia clavado una garra en el cuello y otra en un costado en donde hundió tambien su corvo pico para sacarle los hígados. El *kirghis* saltó de su caballo, echó la caperuza sobre la cabeza del águila, la cadena alrededor de sus patas y le hizo soltar la presa sin dificultad. Despues volvió á montar á caballo. Cuando se caza con águila, no se llevan perros, los cuales perecerian seguramente. Los *kirghis* aseguraban que el águila tenia fuerza

para acometer y devorar á un lobo. La caza del zorro se hace de este modo y suelen coger muchos, asi como cabras monteses y otros animales de poco cuerpo.

A poca distancia de allí se descubrió una manada de antílopes paciando en el prado: el águila se remontó volando circularmente sobre nosotros como antes y lo mismo se precipitó sobre su víctima; pero el antílope estaba ya muerto al llegar nosotros. El *bearcoote* no parte nunca en vano; á menos que el animal perseguido no gane su madriguera ú otro cualquier agujero, como suele hacer el zorro, la muerte es su infalible destino.

He visto despues en los montes Alataces á estas aves rapaces en estado de libertad llevarse en sus poderosas garras pequeños carneros, ó seguir con la rapidez del rayo á los grandes, que antes precipitaran de algun tajo.

El dia pasó asi en persecucion de caza de todas clases y ya era tarde cuando descubrimos el humo del aul donde habíamos de pasar la noche. Avivamos los caballos y al poco tiempo nos encontrábamos sentados en la *yurta* del sultan donde no se hizo esperar el *kumis* que en grandes vasos circuló de mano en mano. Yo confesé mi preferencia por el té y lo prepararon al punto; pero los *kirghis* debieron compadecerme por mi mal gusto, considerándome como un bárbaro, á juzgar por su modo de mirarme. Sirviéronse tambien gamellas de carne humeante que desapareció como por encanto. En mi sentir hubiera sido difícil encontrar cazadores de mejor apetito. La noche vino cuando se acabó de comer y cada cual buscó un sitio donde dormir, roncando mu y luego todos estrepitosamente.

Al amanecer salí á reconocer el terreno y ví los nevados picos del Sian-Shan, pálidos como fantasmas, destacarse en el fondo de un cielo azul oscuro; pero elevándose el sol en aquel momento, brillaron como montes de rubíes. Sentéme entonces en tierra y permanecí allí viéndolos cambiar de color hasta que todo el paisaje estuvo iluminado.

A mi inmediacion todo estaba en movimiento: por un lado los hombres en número de mas de ciento se ocupaban en ordeñar las yeguas y en llevar á las *yurtas* sus odres llenos de leche, mientras que los potros estaban atados en dos líneas á estacas fijas en tierra. En frente, en el lado opuesto, las mujeres ordeñaban las vacas, las ovejas y las cabras; á poca distancia las camellas amamantaban á sus hijos. Alrededor del aul, la estepa estaba tambien animada. El sultan me aseguró que habia allí mas de dos mil caballos, mil bueyes y vacas, trescientos camellos y mas de seis mil cabezas de ganado menor. Los gritos de los camellos, los mugidos de los bueyes, los relinchos de los caballos, los balidos de las ovejas y cabras hacian un coro pastoril, que no habia yo nunca oido en Europa.

Mi huésped no me dejó partir, sin hacerme prometerle otra visita á mi regreso de Kessilbach, que debíamos hallar al Oeste en nuestro camino. Insistió también en que conservara el caballo que montaba, magnífico animal, capaz de las mas violentas pruebas. En efecto, lo conservé y me fue de grande utilidad en los rudos pasos que tuvimos que salvar inmediatamente.

El día siguiente nos encontramos ya en pleno desierto: el musgo habia desaparecido para hacer lugar á una capa de arena desprovista de vegetación. No estaba allí, sin embargo, muerta la naturaleza: llegamos á un paraje donde el suelo cubierto de una verdadera cosecha de tarántulas, desaparecía bajo sus telas y agujeros. Al pasar nuestros caballos aplastaron gran cantidad de aquellos venenosos bichos, y yo, curioso de verlas mas minuciosamente, eché pie á tierra y me detuve un poco tiempo.

Muy pronto encontré un nido de grandes proporciones que revelaba el arte de un consumado arquitecto. Saqué mi cuchillo y toqué aquella vivienda: el bicho salió al instante, apoyó sus largas patas en el acero y volvió á entrar al instante. Cuando los kirghis me vieron escarbar, temieron que me picara la tarántula, pero buen cuidado tenia yo en no poner los dedos á su alcance. Por fin la saqué afuera y la ví saltar segunda vez sobre la acerada hoja, irritada por mis hostilidades. Era en verdad un bicho de aspecto repugnante, aquella pardi-negra tarántula. Dejándola reparar su vivienda ó guarecerse en otra, volví á montar á caballo y me alejé de aquel sitio venenoso. Los kirghis tienen mucho miedo de semejantes bichos, pero los ganados se las comen con placer y sin peligro.

A fin de ganar el tiempo perdido, nuestro guia aguijó su caballo dirigiéndolo hácia unos montecillos apenas visibles en lontananza y á donde debíamos pernoctar. El sol era ardoroso, pero una fuerte brisa de Oeste, templando el ardor, nos hacia bastante agradable la marcha. Por espacio de muchas horas pasadas en medio de aquel desierto arenoso, nada vino á cambiar la escena. A la caída de la tarde llegamos á un laberinto de masas graníticas de color rojo y de 6 á 800 pies; masas quebradas de configuración irregular y pintoresca á la vez. En medio de las estepas sin límites aparecian como ruinas de colosales dimensiones. No es extraño que las tribus del Asia Central teman pasar por estos sitios extraordinarios que les inspiran cierto horror supersticioso. Las rocas por donde nos fue preciso pasar aquel día tenían mas bien la apariencia de ruinas de una gran ciudad, que de una montaña. Habia allí pilares aislados, masas enormes semejantes á cañas de rotas columnas, altos muros horadados de aberturas circulares, bloques gigantes esparcidos alrededor... Para explorar tan ma-

ravilloso cuadro, propuse una detención: los kirghis se detuvieron, pero visiblemente espantados. Y cuando me vieron tomar apuntes y diseños se hubiera dicho que esperaban ver á Satanás con todas sus legiones amenazándonos desde lo alto de las rocas.

Al abandonar aquel paraje, comenzaron los caballos á apuntar las orejas: los animales presentian hallar agua en las inmediaciones. En breve distinguí yo unos objetos informes que se alzaban gradualmente en el fondo de la llanura, pero á una distancia considerable: eran camellos, en cuya dirección caminamos sin demora. Muy luego vimos acudir gente en desorden, empujando por delante su ganado disperso en la llanura: sin duda nos tomaron por bandidos.

Nuestro guia dispuso hacer alto y envió un emisario delante. Los kirghis lo conocian y uno de ellos salió á su encuentro; los demás continuaron recogiendo el ganado, como dudando aun de nuestras pacíficas intenciones. Finalmente, los dos kirghis se reunieron, hablaron un instante y se separaron otra vez. Entonces avanzamos nosotros dejando atrás presuntamente los camellos, que ya volvieron á pastar tranquilamente.

Los pastores nos indicaron el camino del *aul*, á donde nos dirigimos al trote, precedidos de la nueva de nuestra llegada, que habia corrido ya de boca en boca, como huéspedes y amigos de Baspasihan.

En el camino encontramos una tropa de kirghis que venian á recibirnos y que al llegar dijeron que nos traian un mensaje de bienvenida de parte de su jefe y señor Ui-Yas. A corta distancia se distinguian las *yurtas* escalonadas á la orilla de un lago que se extendia mucho mas allá, ofreciendo un cuadro muy agradable despues de tanta aridez y monotonía. El jefe de este otro *aul* debia poseer también muchos ganados y estar á la cabeza de una gran tribu, á juzgar por la apariencia.

Los kirghis nos condujeron á una *yurta* ante la cual habia clavada en tierra una lanza, de cuyo hierro pendia un mechón de pelo rojo: un anciano de benévola mirada aparecía allí. Vestia un rico *kalat* de seda amarilla y carmesí, ceñido con una banda verde: su sombrero de seda roja con bordados de plata, venia á tener la forma de un solideo y calzaba unas botas rojas de muy alto tacon. Era Ui-Yas, quien tomó las bridas de mi caballo y me dió la mano para bajar. Ya en tierra me puso en el pecho primero la mano derecha y despues la izquierda, introduciéndome entonces en su *yurta*. En frente de la puerta habia estendidos unos tapices, donde me hizo sentar: él fué á sentarse en un vualock, pero á mis ruegos vino á sentarse á mi lado. Al instante trajeron una tetera de cobre y tazas chinescas con sus salvillas que pusieron sobre una mesa baja delante de nosotros, añadiendo una

copa con azúcar cande y platos llenos de esquisitas frutas. En seguida un jóven de unos diez y siete años vino á arrodillarse delante de la mesa y nos sir-

vió el té y la fruta comenzando por mí. Segun se vaciaban las tazas las iba llenando otra vez con especial cuidado.



Canto de los funerales entre los kirghis.

Luego que estuvimos sentados, acudieron los convidados á la *yurta*: muchos de ellos vestian *kalat* de seda y se cubrian con sombreros de piel de zorra. El jóven de que hemos hablado ofrecia el té á los hombres.

Además de los curiosos colocados en el interior, habia otros muchos afuera, relevándose de vez en cuando para poder todos vernos. El traje de los hombres de mi escolta se parecia al de los kirghis de distincion;